

PLANEACION
COMO
CONDICION DEL DESARROLLO

Lic. Fernando Zamora Millán

DIRECTOR DEL INSTITUTO NACIONAL
DE LA VIVIENDA

Conferencia dictada por el Director del Instituto Nacional de la Vivienda, en el Instituto Politécnico Nacional, el 30 de julio de 1965.

Quienes vemos con interés el desarrollo histórico — de la humanidad en las últimas décadas, advertimos un panorama plé-- tórico de contrastes, que puede dividirse en tres grandes etapas.

En efecto, aparece, en los albores del capitalismo, — una actitud hacia lo social que, aunque imprecisa y desvaída en sus ini-- cios, cobra una fuerza definitiva en los destinos del Hombre. Así, en — esos primeros años, es notorio que tanto en el ánimo de empresarios co-- mo en el de los consumidores, prevalece una actitud egoísta, de lucha-- individual, y de marcado desinterés frente a las cuestiones sociales; no existe orden ni concierto en los esfuerzos que particularmente realizan unos y otros. Es la etapa en que el liberalismo degenera en libertina-- je: el hombre, como individualidad, se sitúa por encima de todo; la so-- ciedad es sólo la suma o el continente de actividades personalistas, en donde el ser humano actúa sin tomar en consideración más que su pro-- pio y exclusivo interés.

El hombre económico ha substituído ya al "homo fa_

ber" y aplica toda su energía y conocimientos a una sola meta: el lucro. La ley del máximo provecho con el mínimo esfuerzo, está en su apogeo.

En una segunda fase, al transcurso de varios decenios en los que tienen lugar multitud de acontecimientos económicos, políticos y sociales de toda índole, aparece en el mundo una posición ideológica-política totalmente opuesta a la tesis liberalista: el Estado asume la representación de todos los intereses de grupo, en cuya defensa impone su autoridad sobre individuos y sectores, de suerte que su labor totalizadora influye poderosamente tanto en la conciencia colectiva, como en la individual.

Estamos ya situados en los años 30 de este siglo: - las dictaduras nazi-fascistas de Adolfo Hitler y Benito Mussolini, así como las de otros medianos y menores oligarcas, marcan con sello indeleble las páginas de la Historia: la vida del hombre, su actuación y su hacer en ella, todo se realiza en función de la propia vida, actuación, ser y hacer del Estado.

Como siglos atrás lo había concebido Hobbes, el Estado vuelve a ser visto como un gran Leviatán, como un monstruo - que devora individualidades, como un organismo completo y total en sí mismo, y surgen los primeros esfuerzos para establecer un sistema -

ordenado, metódico, que haga que las actividades de los diversos individuos se ajusten en un gran todo en servicio de los poderes políticos.

Es entonces cuando en el campo económico tiene lugar la primera gran polémica en materia de libertad y planeación. Cuando las escuelas subjetiva y objetiva chocan violentamente, y — aparece el antagonismo irreconciliable entre "democracia" y "dictadura". En la práctica, la política autoritaria se sobrepone a la economía nacional. Es también la época en que el fetichismo de las — palabras alcanza su máxima fuerza, e intenta cubrir con su abundancia y repetición, las contradicciones de los hechos.

Pero esta segunda gran etapa de la época moderna, no podía ser y no fue eterna. No está, en nuestros días, aun concluida; pero sí se aprecian ya cambios; aparecen nuevas posiciones que — dan una connotación precisa y diferente al mundo de hoy, a una tercera etapa.

En el campo político, el individualismo vuelve — por sus fueros enmarcado en un nuevo personaje: la colectividad. — El ser humano admite ser miembro de una sociedad, pero no parte sin voluntad frente al Estado. El hombre concibe que el valor más grande es su propia vida; es, precisamente, el hombre mismo. Pero el —

hombre como un ser social, como un ser cuyas relaciones con otros - hombres deben estar sujetas a actitudes racionales, a sistemas precisos, a metodologías específicas. Del hombre económico, triunfador del "homo faber", se pasa a la nueva hegemonía del hombre colectivo, del hombre social.

Es en esta coyuntura histórica donde surge, con la máxima fuerza, el concepto de planeación económica, que se maneja por los defensores de los credos políticos más diversos; concepto - que, por su uso y abuso, viene poco a poco a tomarse como una panacea universal, buena para la cura de todos los males. Tras él, viene toda una cohorte de técnicos que sienten la particular obligación de hablar de planeación, de sus métodos y de sus mecánicas, sin más motivo y propósito que el usar un nuevo concepto en boga, para cobrar patente de hombres enterados.

Pero cualesquiera que sean los motivos para hablar de la planeación, y cualquiera que sea la forma en que se presente, la verdad es que reviste, en nuestro tiempo, una actitud racional ante los problemas humanos, y en particular frente a los económicos, que la hacen digna de un más cuidadoso tratamiento y una mayor atención.

Paralelamente al gran desarrollo de fuerzas políticas y de nuevas concepciones económicas, nuestras generaciones han presenciado en los últimos años un renacer de otro grupo de ideas: - las correspondientes al subdesarrollo económico. Y es que aquí se encuentra el ansia de independencia, la lucha por la autonomía por parte de un gran número de pueblos: se puede decir, sin exagerar, - que más de las dos terceras partes de esta Humanidad del siglo XX.

¿Qué de sorprendente tiene, pues, que ambos conceptos: planeación y subdesarrollo hayan llegado a unirse?

En nuestro país, la lucha de esos conceptos viene de años atrás. Desde principios de los años 30, también nos vimos atraídos por los conceptos de planeación; también nos sacudió la ola de positivo nacionalismo, y una actitud de enérgica lucha por el progreso; y también nosotros recurrimos entonces a unir estos dos conceptos: desarrollo y planeación.

Los que han estudiado este tema y han analizado su importancia, sobre todo en lo que se refiere a la planeación en el México moderno, aseguran frecuentemente que nuestro país todavía no ha llegado a una aplicación total ni a una concepción perfecta - de lo que el término planeación encierra. Pero ninguno puede negar, ni ha negado, que México se ha convertido, desde hace ya va-

rios lustros, en un campo experimental de concepciones y metodologías sobre la planeación y el desarrollo. No podria ser menos, porque la República busca, por instinto de sobrevivencia que poco a poco se convierte en actitud racional de desarrollo, un camino rápido y expedito que la lleve a metas superiores de convivencia social. La dinámica conceptual de que hablamos, la energía que ha sido puesta en su impulso por hombres de los más diversos sectores del país, ha llegado ya a permear los criterios y las acciones tanto de los hombres públicos como de los representativos de los sectores privados. Pruebafehaciente de este hecho, se encuentra en la multitud de declaraciones en las que funcionarios y hombres de empresa hacen fe pública de su creencia en la necesaria unión del desarrollo económico y la planeación.

Ahora bien, ¿por qué se concibe a la planeación como condición moderna de desarrollo?

Para encontrar una respuesta lógica a esa pregunta, no queda menos que bucear en las explicaciones recogidas por la teoría, del por qué del desarrollo y de cuáles son los elementos-causales que lo justifican.

La vida, en síntesis, es crecimiento, es desarrollo, es progreso. Es, pues, en pocas palabras, sucesión de cambios

cuantitativos y cualitativos. Cambios que han sido una constante in quietud del ser humano por encontrar su causa y para cuyo propósito ha ofrecido las más variadas interpretaciones.

Para el caso de la vida económica, la teoría de los cambios es igualmente válida. Los economistas de todas las ten dencias, los sociólogos, los antropólogos, los historiadores, han pues to a la disposición de los investigadores y de los curiosos en estas - materias, las explicaciones más diversas y las mecánicas más dife-- rentes. En lo que a la ciencia económica concierne, son notables- las formas propuestas por los clásicos y neoclásicos para resolver es- te problema, y no menos interesantes las fórmulas que proponen los- ortodoxos y heterodoxos; los objetivos y los subjetivos.

Y a paso y medida en que las inquietudes del hom- bre, con relación a estas materias, se han convertido en teorías, en- doctrinas, la interpretación de las causales de desarrollo se han vuel- to cada vez más complejas y difíciles de entender, Sin embargo, - dentro de la multitud de las variables ofrecidas, siempre ha predomi- nado un hecho: todas y cada una de ellas tienen validez propia, de acuerdo con su relatividad en tiempo y en particulares condicio- nes naturales y sociales.

Lejos está del propósito de esta charla, el hacer

una investigación exhaustiva del tema. Su estudio y presentación - quedan, obviamente, para una tarea más cuidadosa y detallada de la que en estos momentos nos ha reunido aquí, en esta Aula Magna. Empero, los que por una u otra razón nos hemos dedicado a la investigación de estas materias, tenemos siempre en la mente algunos factores centrales que son ofrecidos como explicaciones del desarrollo. Recuérdense, si no, los factores que caen dentro de los rubros generales de la tecnología; los que informan de la ampliación y conquista de mercados; el problema central de la época moderna que cae dentro del rubro siempre actuante y siempre vigente de la población; el correspondiente al capital; y, en fin, el que se refiere a las condiciones de ese ente casi mitológico que es el mercado libre.

La validez de tan diversos factores debe ponderarse a la luz de la época en que se destacaron como tales. Y es esta relatividad la que permite, para nosotros, establecer los cambios de carácter y de la dinámica que ha sufrido la economía moderna, en comparación con la economía de años anteriores, y que, de manera esencial, justifica las necesidades de una planeación en los países subdesarrollados.

Por tanto, permítaseme, para poder fincar con precisión mis ideas a propósito de cada uno de estos elementos causales

del desarrollo económico, exponer a ustedes algunas reflexiones personales al respecto.

Empecemos por un viejo problema: el de la tecnología, que está íntimamente unido, en los hechos históricos, a lo que se ha considerado como etapa inicial del capitalismo.

Para todos nosotros, es un valor bien entendido el hecho de que se debe a la tecnología del siglo XVIII el gran impulso que recibió la Humanidad, que la hizo cambiar de un régimen feudal a un nuevo sistema de producción, basado en criterios y en mecánicas distintas. Le ha tocado al sabio y conocido maestro Schumpeter elevar la tecnología al rango de causal fundamental de la dinámica económica de nuestros días.

En efecto, el respetable economista que hemos mencionado, ha establecido una mecánica de desarrollo, en la que juegan una serie de elementos: las condiciones estables de crecimiento de una economía en la que sus términos de relación permanecen constantes en esencia, aun cuando sus proporciones cuantitativas varíen al alza, derivan a un sistema cuantitativo distinto, de desarrollo, merced a la función del empresario (que se concibe como promotor) y para cuya función se apoya en las innovaciones técnicas que, al proyectarse en acción, se ve respaldado por el sistema

bancario, y en particular por la creación de dinero, que se trueca en formación de capital nuevo. De esta suerte, surge una demanda inmediata de recursos de toda naturaleza, que obliga a los niveles de precios a desplazarse hacia arriba, pero, al mismo tiempo, con la productividad mayor que se obtiene por las innovaciones empleadas, los costos de producción tienden a ser inferiores, y, en consecuencia, los niveles de beneficio de las nuevas empresas resultan mayores que la media del beneficio general.

Detrás de esta proposición, el analista advierte el hecho de que aquí opera una concepción basada esencialmente en formas endógenas, de auto-concepción fincada en los mecanismos propios de una economía social bien integrada.

Puede entonces concebirse, también, que un crecimiento dentro de estos términos tenga posibilidades de realización en el cuadro de ideas imaginado por el liberalismo económico. El principio de libre arbitrio, la tesis de motivaciones individuales en la actividad económica, de adopción libérrima de sistemas productivos, son los elementos genuinos que enmarcan las posibilidades de un desarrollo basado en los criterios schumpeterianos.

Empero, en las nuevas situaciones en que viven los países subdesarrollados, los supuestos de la tesis anterior no alcan

zan un vigor pleno. Así, en el caso de la tecnología, ésta, en muchos casos, no se genera dentro de las fronteras del país subdesarrollado sino que se importa. Se trae el "know how" para una empresa en particular, de otras naciones más evolucionadas. En otras ocasiones, se implantan esas innovaciones en todo el cuerpo económico, —merced al auxilio y al respaldo definitivo que dan los órganos representativos del Estado a los diversos empresarios. En fin, la innovación aparece, ampliando generosamente el término, como un fenómeno exógeno del sistema económico subdesarrollado. Pero en el supuesto de que a esta mecánica que genera la tecnología en los países de niveles de escaso desarrollo se le franqueara libremente la entrada, las consecuencias en el cuerpo productivo y social del sistema nacional podrían ser funestas, ya que se pone en peligro el ritmo lento, pero armónico, de un desarrollo que está creando sus propios medios de progreso. En pocas palabras, se genera una posible economía dual, con todos los eventuales trastornos que esto puede traer a la estabilidad de una nación.

¿Resultaría entonces sorprendente que la planeación económica se conciba como una posible forma de defensa frente a esta situación peligrosa creada por la importación irrestricta de tecnologías extrañas?

Dentro de estas situaciones, no es difícil poder situar a la planeación como un moderador de los crecimientos anormales del sistema, como un elemento compensatorio de los efectos negativos que podrían crearse en ausencia de nuevas técnicas.

Otro factor ampliamente socorrido, en las explicaciones modernas del desarrollo económico, es el relativo a la magnitud del mercado. Básase esta apreciación, en toda una gama de atractivas explicaciones del Renacimiento cultural y económico de los hombres del siglo XVI. Se basa, también, en la consolidación de la burguesía como factor central de evolución de las colectividades del mundo moderno. Y es esa ampliación del mercado, es la persecución y conquista de estas nuevas esferas de actividad comercial, las que explican con meridiana claridad los grandes sistemas imperiales de carácter colonial y los más modernos de tipo mercantil.

Entre los múltiples autores que han empleado este factor como elemento central de progreso, de desarrollo económico, se destaca, con características novedosas, la conocida autora alemana Rosa Luxemburgo. Otra mujer, Joan Robinson, ha hecho una magistral y sintética exposición de la forma y los caminos seguidos para la obtención de mercados, explicando cómo se desarro

lla y progresa el régimen capitalista. Podría tal vez llamarse a esta concepción, "la teoría del rompimiento de las nueces".

En efecto, por una mecánica que bien se conoce en la escuela marxista, los países altamente desarrollados se ven en la constante necesidad de conquistar nuevos mercados: de romper la cáscara que encierra mercados vírgenes. Y de esta conquista que mueve excedentes de producción interna y requiere mercados externos hasta absorberlos; de esta mecánica en donde las capacidades -- de producción del sistema capitalista son siempre superiores a las capacidades de consumo del propio sistema; y en fin, de este proceso -- que tiene como fatal y última perspectiva el estancamiento y la destrucción del propio capitalismo, puede deducirse un grupo de condicionantes fundamentales para que opere el comercio exterior como causa esencial del desarrollo económico.

Es, indiscutiblemente, una explicación que cuadra a los países altamente desarrollados, y, a mayor abundamiento, a un sistema de relaciones comerciales externas en el que los cánones de libre cambio son también predominantes. Presupone, asimismo, una debilidad extrema en lo político, en lo económico, y en -- la explotación de recursos, en grandes zonas geográficas y de am-- plios sectores sociales del mundo, en el que nos ha tocado vivir.

En la doctrina moderna se ha discutido ya, casi exhaustivamente, la operancia o no del mercado concebido como esfera geográfica simplemente. Se ha afirmado que lo trascendental no es la extensión cuantitativa, superficial, de los mercados, sino su propia densidad, la capacidad de absorción de mercancías y de servicios que, obviamente, son circunstancias íntimamente ligadas a toda la teoría moderna de incremento y de distribución de ingresos. Sin embargo, en el fondo, esta cuestión sigue siendo un problema típico de los países altamente desarrollados, a cuyos particulares intereses les importa sobremanera la posibilidad de asegurar un juego de libre cambio, irrestricto, entre ellos y las naciones de niveles económicos inferiores.

En razón del sereno análisis de este criterio, se hace necesario que los países subdesarrollados adopten la tesis contraria, si consideramos generosamente que las naciones periféricas han llegado tarde al reparto del mundo. Su fuerza bélica y su capacidad productiva no son, ni con mucho, suficientes como para aspirar a la conquista de nuevos territorios. Por lo demás, la superficie del globo ha sido repartida no una, sino varias veces, entre los poderosos, y, al hacerlo, se ha prohibido la entrada de nuevas naciones que encuentren en la conquista de esos mercados la fuerza vital de su progreso.

Es por ello que las naciones subdesarrolladas, en la actualidad, se ven obligadas a juzgarse y a evaluarse a sí mismas, es decir, a remover su interior, para poder capitalizar y reforzar su estructura productiva, y establecer, consecuentemente, una mayor solidez en su sistema productivo. Es en esta condición histórica donde se encuentra la causa de la explotación ilimitada que se hace del hombre, por otros hombres, dentro de los países de poco desarrollo; y es consecuencia también de esta situación de aislamiento, el predominio de la inquietud social y la continua expectativa de nuevas y más profundas revoluciones sociales.

Esta condición limitativa de los países subdesarrollados, este no poder progresar sino merced a su propio mercado interno, les obligan, a paso y medida que cobran mayor conciencia de su existencia colectiva, a señalar como objetivo principal de su política económica una mejor repartición del dividendo nacional; a adoptar políticas que puedan equilibrar las tendencias hacia una rápida capitalización y a satisfacer urgencias de consumos siempre en "crescendo". En fin, a establecer medidas que equilibren, también, los desniveles de importaciones y exportaciones. Pero de la adopción de esas políticas, que individualmente consideradas sólo pueden resolver aspectos parciales del sistema, a la adopción de una ac

titud más racional, más amplia, más completa, hay sólo un paso. Por esta razón, y en general, los países subdesarrollados avanzan con timidez y desconcierto a enfrentarse, sin mayores conocimientos, a todo ese sistema que recibe el nombre de planeación. Esta se convierte, así, en condicionante esencial para un buen manejo del mercado interno de los países subdesarrollados.

Otro elemento que también ha sido muy socorrido para polemizar en los fenómenos del desarrollo económico, es el de la población. Su propio enunciado trae a la mente problemas de -- insalubridad, de falta de habitación, de deficiencias en la educación tecnológica, de escasez de recursos, de incapacidad para el almacenamiento de granos; en suma: de miseria. En la historia -- del pensamiento económico, el concepto población tiene un sitio -- destacado, y de todos los expositores que en él han centrado su atención, hay dos cuya mención resulta ineludible: Ricardo y Malthus.

En ambos autores la población asume, aparentemente, el carácter de causal endógeno del desarrollo. Sin embargo, el tratamiento que uno y otro le dan es totalmente diferente. -- En el pensamiento de Ricardo, la población y el salario real operan, de manera tal, que resultan los determinantes finales de la renta y el beneficio, y las fluctuaciones interrelacionadas de ambos facto

res explican el crecimiento del sistema económico a niveles cada vez mayores.

Para Malthus, en cambio, la perspectiva del desarrollo de la población, con referencia al ingreso, es, como ustedes saben, la siguiente: el futuro es desalentador ya que la población crece geométricamente en contra de un crecimiento aritmético en ingreso, por lo que el desenlace no puede ser otro que miseria y destrucción.

En el panorama de las naciones modernas, el problema de la población tiene características cada vez más críticas, - pues en él intervienen prejuicios de carácter religioso, estrategias políticas con relación a las fuerzas en el presente y en el futuro. Todos nos sentimos con autoridad suficiente para opinar acerca de este fenómeno que, en realidad, poco se conoce mundialmente y que, -- sin embargo, a todos nos atañe de manera muy cercana. Se invierte ahora gran cantidad de tiempo y de esfuerzo, de dinero y de capacidad de investigación, para llegar a inquirir cómo se mueve la población y cuál será, en última instancia, su relación precisa con el complejo sistema de la producción mundial.

Pero cualquiera que sea la solución final de estas cuestiones, la población, como causal de progreso, tiene una conno-

tación y aspectos muy precisos para los países subdesarrollados.

No parece existir ninguna discusión al hecho de - que el factor demográfico, en nuestras naciones, se mueve al alza só lo merced a la importación, por parte de los países subdesarrollados, de procedimientos médicos curativos y preventivos que aseguran una mayor vida a los seres humanos y que permitan una mejor defensa de los seres por venir.

Incuestionablemente, se convierte así la población en un factor que tiene características de un elemento exógeno del - sistema de producción de los países subdesarrollados, y cuya mecánica puede, en ciertos casos, poner en grave peligro la estabilidad y - el progreso de los países en esas condiciones.

Sin entrar en una discusión de si debe o no adoptarse una actitud pesimista, ante el problema población y el futuro - de los países subdesarrollados, no puede soslayarse que, en cualquier forma, el factor población implica un sistema de retardo o de impulso del régimen subdesarrollado, según sea la manera en que se maneje. Y para manejarla, los países subdesarrollados deben adoptar una actitud planificadora que incida no sólo en el sentido del control directo de la población, sino en un ámbito más amplio: en las necesidades de incrementar, de planificar, la productividad de la fuerza -

de trabajo, de manera tal que, al lograrlo, se obtenga concomitantemente, un incremento en la riqueza de la nación.

Otro factor que ha sido muy discutido en las explicaciones del desarrollo económico: es el capital. Y es que allí se advierten, de manera sobresaliente, las diferencias entre los países desarrollados y los subdesarrollados, es allí donde radica la calificación de países ricos y países pobres.

Un rápido recuerdo de las teorías a este respecto, nos muestra que el capital se ve influido, para algunos autores, por los desarrollos tecnológicos que, como señala Schumpeter, obligan a la generación de nuevo capital, creado por los propios sistemas bancarios; en otros casos, como en la escuela keynesiana, la tasa de interés y su relación con la conocida eficiencia marginal de capital, determina cuándo, en dónde y cómo se va a crear el nuevo capital; y, en fin, las interpretaciones de los clásicos y los neoclásicos que hacen gran hincapié en las repercusiones que en sus montos y en sus variaciones tiene la tasa de interés.

Pero aun cuando existan grandes diferencias en la forma en que el capital reacciona y en su propia concepción como generador de ingresos, la verdad es que bajo todas las explicaciones anteriores, subyace un grupo de condicionantes bien precisas.

En efecto, en todos los casos se parte del hecho - de que el capital ha sido generado precisamente dentro de límites - nacionales; en todos ellos se concibe, en las teorías más adelanta-- das, una mecánica que se encierra en los términos de multiplicado-- res y aceleradores, pero que tienen también como ámbito de acción única y exclusivamente una unidad económica dada, dentro de fron-- teras nacionales; y también, en todos los casos, el ahorro interno es tá generado y usado en el propio cuerpo económico.

En fin, la mecánica de capital clásica y neoclási-- ca, y aun la correspondiente a la doctrina keynesiana, opera dentro de términos precisos de una economía cerrada; pero justamente esas condicionantes, que son aplicables a las doctrinas de desarrollo en países que actualmente están altamente desarrollados, no parecen - existir en las regiones del mundo que se encuentran en la retaguar-- dia económica.

Efectivamente, es bien conocido por todos, que - la escasez de capital propio en los países subdesarrollados se compen-- sa con importaciones de este recurso; también se sabe, como lo han-- demostrado hasta la saciedad los estudios realizados por organismos internacionales, y, en particular, por la Comisión Económica para - la América Latina, que sus repercusiones dentro del sistema de pro-

ducción, de distribución y consumo de los países subdesarrollados sólo son, para darles alguna connotación positiva, relativamente favorables. Así, toda su mecánica de multiplicadores y de aceleradores que contempla la teoría moderna, repercute en el exterior, contribuyendo de manera muy efectiva y desde muchos puntos de vista, a un desarrollo incesante y cada vez más grande de las naciones exportadoras de capital.

Pero, a mayor abundamiento, y tal vez en el fondo de todo este problema, la exportación de capitales implica, para los países que los importan, una grave y peligrosa situación que hemos tratado ya en los minutos anteriores: la generación de economías duales, con toda su cauda de problemas económicos, políticos y sociales, tan bien conocida y padecida por los países latinoamericanos en este siglo.

La conciencia de estas situaciones ha hecho que muchos de nuestros países, los subdesarrollados, adopten una actitud de defensa que se manifiesta en el manejo de sistemas arancelarios apropiados; de convenios y "modus vivendi" de carácter internacional, y de acuerdos y procedimientos válidos en el comercio exterior, que imponen barreras y tamices para la entrada del capital externo y debilitan un poco sus efectos contraproducentes a los intereses naciou

nales.

Pero cuando se habla de proteccionismo en el campo del comercio exterior, y cuando se da un paso más y se maneja toda la gama de medidas fiscales, monetarias y bancarias que caracterizan al intervencionismo, las naciones, en realidad, están asomándose a la planeación económica en su más amplia y exacta acepción. Aquí, como en los otros casos, aparece la planeación como un procedimiento corrector de las condiciones de desarrollo interno que, dejadas al libre arbitrio de las influencias exteriores, crearían una situación explosiva y, por ende, destructora de las economías de las naciones -- subdesarrolladas.

A otro grupo de autores les parece útil concebir al mercado libre como condicionante "sine qua non" de las posibilidades del desarrollo pasado y futuro de nuestros países. Esta idea es, seguramente, un resabio de la vieja actitud clásica y neoclásica de los economistas, en la cual las concepciones doctrinarias se plasman siempre, como posible ayuda mental, dentro de los cánones más puros del mercado libre.

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que en los elementos cordiales del mercado libre se encuentran explicaciones lógicas del desarrollo económico. Recuérdese, para comprobar este --

aserto, la manera en que operan la competencia, el mejoramiento técnico, la tendencia a la baja de costos en los mercados de tipo libre, y la resultante de una utilidad mayor en el sistema entero.

¿Quién de nosotros no tiene presente en estos momentos la magistral explicación dada por Adam Smith, en su caso, o bien por el propio Carlos Marx, cuando suponen uno y otro como condicionante expresa de sus argumentaciones la existencia de ese mercado libre?

Aun cuando la validez histórica de este supuesto económico ha sido muy discutida, invalidándose en algunos casos su realidad, no está por demás recordar que este fenómeno del mercado libre, como tantos otros en las doctrinas económicas, reconoce para su perfecta operación una serie de supuestos, entre los cuales se distinguen los siguientes: la existencia de una economía social, tipo Pareto, en la que los diversos elementos que la componen, cualquiera que sea su posición geográfica, tienen contactos instantáneos; un conocimiento de los oferentes, entre ellos mismos, de éstos con los demandantes y viceversa, conocimiento de tal magnitud, y de tal rapidez, que permita un ajuste inmediato de los dos sistemas de curvas que representan a la oferta y a la demanda en el juego del mercado; en fin, el tipo de mercancías que no se diferencian de las otras, y que, -

por tanto, tienen el mismo grado de satisfacción para los demandantes.

Estos supuestos chocan de manera frontal con la realidad en que viven los países subdesarrollados, ya que en esos países - la economía es seccionada en núcleos económicos con dinámicas individuales propias, con una interrelación cuando mucho vaga o, como - ocurre en muchas ocasiones, totalmente inexistente; es, por lo tanto, - una economía carente de los elementos de contacto e interrelación de los diversos grupos sociales que, por supuesto, está hambrienta de lo - que en la actualidad se llama inversiones de infraestructura; es, por - las propias razones de su debilidad intrínseca, una economía que opera en un mercado imperfecto, en donde alternativamente los oferentes o los demandantes se agrupan de manera expresa, tratando de doblegar las constantes alzas de precios que, en lo general, agobian a esas naciones.

En fin, son naciones en las que aparecen, en muchos casos, secciones económicas que trabajan dentro de los cánones de lo mercantil, en un ambiente en donde abundan las unidades de - economías consuntivas. Así, la diferencia de este panorama con el - que presentan las naciones altamente desarrolladas, es tan definitiva como la que se hiciera a base de antónimos.

En consecuencia, si se dejara que el mercado libre

operara al máximo de intensidad y de espacio, sin ninguna influencia de un organismo colectivo corrector, lo que se obtendría, como lo han señalado muchos autores de diversas nacionalidades, sería una agudización de las contradicciones sociales y económicas en estas naciones. - Se haría una deformación aun más grave, más acelerada, de las que tienen normalmente las estructuras económicas y sociales de esos países; - se haría, en fin, una dependencia exterior en "crecendo" que, en lugar de reforzar las oportunidades de desarrollo, reduciría aun más las perspectivas de progreso.

No parece pues sorprendente que, en esas condiciones, los países subdesarrollados recurran al empleo de diversos sistemas y procedimientos que tienen como significado final el de la planeación misma. Algún autor ha señalado que son precisamente las mecánicas que esbozamos en el transcurso de esta plática, las que definen con precisión por qué en todos los países subdesarrollados, los Estados, como representantes de la colectividad, son los que manejan inicialmente la maquinaria que genera el desarrollo y la planeación.

De lo anteriormente expuesto, creemos que puede desprenderse este aserto: la planeación es una importantísima condición de desarrollo de las economías modernas. Y esto no es raro. El autor francés Bettelheim, maestro en cuestiones de planeación, ha se

ñalado que, en última instancia, la planeación tiene como tarea dos grandes actividades:

1. Resolver el problema del equilibrio económico, tanto estático como dinámico, y
2. Encontrar una solución para el problema del - cálculo económico que "no es más que la expresión sintética del triple problema de la racionalidad o irracionalidad de una producción dada, de un consumo dado y de la estructura de la producción".

Y es que, para lograr el progreso de los países subdesarrollados, se impone el empleo, al máximo posible, de una facultad que el hombre parece haber perdido en el mundo de hoy: la razón.